NIÑOS Y ADOLESCENTES EN EL MUNDO MAGICO DE LUISA MERCEDES LEVINSON, SILVINA OCAMPO Y MARIA ESTHER VAZQUEZ

Esther A. Azzario
Wayne State University

En los cuentos que constituyen parte de la obra narrativa de tres escritoras argentinas contemporáneas, Luisa Mercedes Levinson, Silvina Ocampo y María Esther Vázquez, el tema del niño y del adolescente, con su mundo especial, atrae la atención del crítico.

Para referirnos a esta motivación en sus obras, sería de interés tener una somera idea de cómo se fue afirmando esta línea temática en la literatura mientras el enfoque cambiaba rumbos. La brevedad requerida al presente ensayo nos exigirá esquematizar.

Los griegos, al dar supremacía a la mente, pusieron al hombre racional en conflicto con un universo impersonal. En ese mundo racional el niño, como el adolescente, no podía tener importancia y fueron sólo testigos, a veces mudos.

Hasta bien entrado el siglo XVIII sólo hitos esporádicos como *El Lazarillo de Tormes*, los adolescentes en el teatro de Shakespeare o de Racine quiebran esa posición sin señalar una constante. Entre tanto, se agranda el conflicto entre la Razón y los Sentimientos, y nuevas ideas como la del buen salvaje de Rousseau, la imaginación de Coleridge o la percepción visonaria de Blake dan comienzo a lo que Peter Coveney, en su fundamentado trabajo *La imagen de la niñez* (*The Image of Childhood*), llama "el culto de la sensibilidad" [1] que se afirma con el movimiento romántico del siglo XVIII y mitad del XIX.

El escritor, guiado por el nuevo sentir y reaccionando ante el desorden social, busca en la niñez el símbolo que señala la condición humana ideal, la edad de oro del hombre. Y el niño se convierte en feliz imagen de la inocencia. Es lo que Jorge Boas califica como *El culto de la niñez* (The cult of the Childhood) [2]. Poetas ingleses como Willian Blake en sus *Cantos de la Inocencia* (*Songs of Innocence*, 1789) y Willian Wordsworth en su *Preludios* (*The Preludes*, 1795-1805), toman a la niñez incorrupta y a la inevitable pérdida de la inocencia, durante la adolescencia, como la metáfora que simboliza la coexistencia del bien y del mal en el hombre.

Se impulsa así una constante temática que durante el siglo XIX concita nombres de poetas y narradores, tales como Goethe, Charles Dickens, Victor Hugo, Jorge Sand, Cha-

BOLETÍN AEPE Nº 18. Esther A. AZZARIO. NIÑOS Y ADOLESCENTES EN EL MUNDO MÁGICO DE LUISA ME...
Centro Virtual Cervantes

teaubriand, Mark Twain, Henry James, etc.

En líneas generales, puede decirse que el propósito de esos románticos fue establecer una relación entre las imágenes del niño y del adolescente y la conciencia del adulto, probando que existe continuidad en el desarrollo de la experiencia humana, mientras se integra la personalidad.

Al avanzar el siglo XIX los problemas sociales y psicológicos se hacen cada vez más arduos. El mito del progreso constante, con el concomitante materialismo; las doctrinas de la evolución y del determinismo, con la consecuencia de la ruina de la fe y la quiebra de creeencias tradicionales, crean una atmósfera de tensión que los escritores sienten y reflejan.

Por eso, en las últimas décadas del siglo decimonónico, se produce un viraje en el rumbo del tema que perseguimos y comienza una etapa diferente que se continuará en nuestro siglo XX, donde es posible señalar dos enfoques simultáneos aunque opuestos. Uno, según el cual los escritores ya no buscan aquella integración de la personalidad sino que el niño, como el adolescente, se convierten en un escape que logra expresión narrativa a través de dos formas. La que utiliza el material que ofrece el recuerdo de los días escolares, de las aventuras adolescentes que el tiempo ha difuminado y, desde la vejez, el escritor recupera —en cierto sentido dentro de la línea romántica por cuanto es un revivir sentimental del pasado— o la que busca las posibilidades que ofrece el mundo de lo fantástico, donde la agudeza del escritor adulto puede esconderse tras la fantasía del niño, al que, a veces, usa como instrumento de ironía y sátira. Ejemplo de la primera forma puede ser *El libro de mi amigo* (*Le livre de mon ami*) de Anatole France, o dentro de la literatura argentina, *Recuerdos de Provincia* de D. F. Sarmiento o *Juvenilia* de Miguel Cané. En cuanto a la segunda, clásicos resultan los libros de Lewis Carroll *Alicia en el país de las maravillas* (*Alice in Wonderland* —1865) y *A través del espejo* (*Through the Looking Glass* —1872).

El otro enfoque, impulsado por el realismo, descubre en el niño la maldad, el instinto de destrucción, y una terrible precocidad que lo convierte en rebelde, frente a la opresión de la educación. Motivado por los instintos, sus acciones son amorales, a veces, crueles, y no sufre remordimientos. Despreocupado tanto en lo moral como en lo intelectual esgrime la ambivalencia de poder ser terrible y agradable porque una línea muy fina separa lo angelical de lo demoníaco. Es la misma bipolaridad existente en el adulto que constituyera la obsesiva intuición poética de Charles Baudelaire, cuando escribía *Las Flores del Mal* (*Les Fleurs du Mal*) con cuya temática revolucionaría no sólo la poesía. El libro de André Gide, *Si la semilla no muere* (*Si le grain ne meurt*) es excelente ejemplo en nuestro siglo.

De esta manera, la intuición artística permitió a los escritores descubrir verdades que los psicólogos corroborarían. En efecto, cuando emerge la psicología como disciplina científica bajo las investigaciones de Sigmund Freud y sus discípulos, queda comprobada la existencia del mundo subconsciente, donde luchan ambas tendencias, y se comprende la importancia que tienen las experiencias de la niñez y adolescencia para la conducta del adulto y sus sistemas de valores y pensamiento.

Se acepta que la niñez es también época de soledad y de tristeza. Que el niño puede sentirse inmerso en un mundo de adultos hostil y amenazador y que la experiencia de crecer no siempre es fácil y grata. Cuando el niño desarrolla la conciencia de su ego se da cuenta de la contradicción entre lo bueno y lo malo y según Carl G. Jung: "su razón des-

BOLETÍN AEPE Nº 18. Esther A. AZZARIO. NIÑOS Y ADOLESCENTES EN EL MUNDO MÁGICO DE LUISA ME...
Centro Virtual Cervantes

cubre la irreconciliable naturaleza de los opuestos. La consecuencia es el conflicto de la represión: si quiere ser bueno, debe reprimir lo malo y con esto el paraíso se termina" [3].

A la vez, superada la idea de que la adolescencia es época de felicidad como la consideraba Goethe, se la empieza a ver como una etapa, dentro del proceso de ajuste, entre la niñez y la temprana madurez. Etapa en la cual se descubre, dolorosamente, que la ambigüedad está dentro de la experiencia humana, que la sociedad confronta la desintegración del orden social y moral, y que hay a menudo un abismo entre lo que se dice y lo que se practica.

Estos dos enfoques generales constituyen las dos caras de una constante temática de importancia que, con diversos matices, se presenta en la obra narrativa de numerosos escritores en lo que corre del siglo XX.

En las tres escritoras mencionadas, parte del mundo mágico de sus cuentos fantásticos adhiere a esta temática, con los matices que cada una le da para expresar su personal acercamiento a la niñez y adolescencia. Consideraremos sólo algunos tratando de mostrar el enfoque de la autora.

De Luisa Mercedes Levinson, que al decir de Anderson Imbert es una "narradora de atmósfera interior" [4] y encuentra que el niño es símbolo de imaginación y sensibilidad, separamos dos cuentos: "Minuet" [5] y "El niño que vio las lágrimas de Dios" [6]. En ambos, la autora plantea la soledad, incomprensión y falta de ternura que sufre el niño, en distintos niveles sociales y por diferentes razones.

En "Minuet" todo es gracia, levedad, y con el toque fantástico se muestra cómo el niño se refugia cuando sufre por ser incomprendido.

La niña introvertida que nos presenta el narrador omnisciente tiene unos doce años, y su adinerada familia: papá, mamá y abuela, la oprimen con una severa educación acentuada por la letanía de: no debía, no debía, no debía o el "estarse quieta, quieta, quieta" (126), lo cual intensifica en ella un sentimiento de culpabilidad y cierta rebeldía. "La chica no siempre está contenta. Tenía miedo de disgustar, de perjudicar, de no hacer lo que los otros querían, y de lastimarlos. Tenía una conciencia poblada por seres exigentes y atrabiliarios" (125). Su refugio es encerrarse en la sala buscando el mundo amable de la música: "...ese minuet de Mozart era distinto. Si era posible, cerraba las puertas, antes de sentarse al piano; y si la madre y la abuela no estaban en casa, la chica abría su mundo, como un abanico con un bello país pintado" (125).

Un día la llevan a una función de ópera en el teatro Colón. El vestido "muy blanco, muy transparente y fantasmal, el vestido con los tres volados de malinas" (126) le agrada, pero las medias negras la avergüenzan, mas ni la madre ni la abuela lo comprenden. "Tres volados de malinas como la pantalla de una lámpara sobre dos columnitas negras deplorables... pero el palco dorado y enrojecido esconde lo esmirriado, lo avergonzado" (127). Ese sentimiento la incita a la evasión.

Terminada la función debe esperar a los padres pero la tienta el huir. Baja a la platea y luego corre escaleras arriba, subiendo, subiendo, hasta el último piso que es casi el cielo. Desde allí ve la orquesta y el mundo rumoroso y hostil de los adultos en la platea. Ella ya escapó y llegó al Paraíso donde escucha su minuet. La escritora juega con los valores semánticos de la palabra y da al relato los dos niveles. El real, porque en el teatro Colón la

BOLETÍN AEPE Nº 18. Esther A. AZZARIO. NIÑOS Y ADOLESCENTES EN EL MUNDO MÁGICO DE LUISA ME...
Centro Virtual Cervantes

última hilera de asientos, cercana al techo, lleva el nombre de Paraíso; y el de la fantasía porque la niña, llevada de la mano por un jovencito que no es otro que su amado Mozart, sigue subiendo más allá, hacia el infinito, hacia el Paraíso, donde no la castigarán por la huida ni la avergonzarán las medias negras. Allá abajo, en la platea del teatro, ya solitario, queda la otra, la que encuentran los padres "llorosa, ojerosa y temblorosa: tiene la culpa, la culpa, la culpa" (128) por haberse escapado del palco y haberse perdido en el laberinto de escaleras.

Amargo rencor y celos acumulados en el alma de un niño por la falta de ternura y el trato injusto de los padres, crecen, según Luisa M. Levinson, 'como una vida parasitaria y áspera dentro de su vida" (56). En el caso de "El niño que vio las lágrimas de Dios", ambos sentimientos determinan la tensión dramática que, en un crescendo sin pausa, alcanza el clímax con la muerte y desata la tragedia.

La llegada de un hermanito para el protagonista es un milagro que desea proclamar. La naturaleza resulta poco meritoria para depositar en ella su alegría, pero en lo alto de la montaña está "la gran piedra lisa y gris" (55), que posee "La Mirada" (55), y la sonrisa que es "El Oleo de Dios" (55) y el chico, esforzadamente, sube hasta ella para que al traspasarlo con la luminosidad sepa de su felicidad.

El hermanito crece. Una tarde en que sigue al mayor se lastima los piececitos y el padre castiga al mayor. El pequeño es cariñoso, los pájaros se le acercan y una ardilla juega con él, pero escapa cuando el mayor torpemente desea tocarla. Los celos y el rencor, que él ya lleva adentro lo incitan a matarla de una pedrada, ante el estupor del pequeño que no entiende la muerte. El mayor desesperado ante su acción impensada huye hacia la montaña en busca del consuelo de la piedra, pero no le llega la Mirada. De pronto brotan unas gotas oleosas y oscuras: "De la piedra se habían desprendido lágrimas, las lágrimas de Dios" (56) que sufría por su maldad.

Padre y madre cuidan y juegan tiernamente con el pequeño olvidados del mayor. El pequeño lo descubre, escondido, y lo sigue cuando va hacia el borde del mar donde el chico busca moluscos que lo alimentan. En esas conchillas el niño siente el gusto amargo de las lágrimas suyas y de Dios. Suavizada su hosquedad por los ojos confiados y alegres del hermanito lo levanta en brazos. De pronto, una ola los golpea y el pequeño cae lastimándose la frente y rodillas. Los padres que les buscaban descubren lo sucedido y mientras la madre se lleva al pequeño sollozando, el padre se abalanza sobre el mayor y lo hiere refregándolo contra los moluscos punzantes, en tanto lo zamarrea sumergiéndolo en el oleaje. El chico sufre el castigo y en su boca siente que el sabor acre, amargo, crece. Doblado por los golpes toca en la arena una piedra y la arroja, a "la otra cabeza perpleja que también era, la del hermano" (59). Fatal consecuencia. Los padres corren hacia el pequeño mientras el chico huye montaña arriba. Frente a la piedra se deja caer agobiado por el miedo y la culpa. Espera. Esta vez la respuesta es una luz que acusa y de pronto estalla "el bramido que sacude la montaña y la tierra" (59) y ya no fueron lágrimas, sino un líquido negruzco en torrente, un óleo pétreo que baja anegándolo todo como lava que destruye y crea el caos en la naturaleza. Un largo párrafo final, donde se acumulan en contrapunto imágenes surrealistas, simbolizan el estallido de la tragedia en el alma del niño que asesinó, impulsado por un instinto de venganza y defensa.

Cuando María Esther Vázquez incursiona en el mundo emocional de los adolescentes cuyas evasiones, desilusiones y frustraciones la preocupan, muestra un agudo conocimien-

BOLETÍN AEPE Nº 18. Esther A. AZZARIO. NIÑOS Y ADOLESCENTES EN EL MUNDO MÁGICO DE LUISA ME...
Centro Virtual Cervantes

to de las reacciones psicológicas, pero lo hace a través de un delicado acercamiento, donde a menudo sobrevuela un hálito poético.

Teresita, la protagonista de "El visitante" [7], se está muriendo lentamente a los dieciséis años, sin quejas ni desesperaciones, pero su resignada tristeza atrae el milagro. Su Angel Guardián la viene a buscar y se hace visible sólo para ella: "...lo vi. No era muy alto, parecía triste y me miraba serio" (22). En su diálogo le pregunta: "Y vos ¿te querés morir Teresita? —Creo que no, me da miedo" (22). Ante la cándida ternura de la jovencita el Angel se aleja sin cumplir su cometido. Pasan semanas y dos veces más regresa, hasta que la joven, que ya ha comprendido la misión que lo trae, le ruega: "No me llevés, no quiero morir" (23). Sorpresivamente el Angel accede: "Bueno, Teresita" (23), y comienza la alegría de recuperar la salud.

La fantasía de la adolescente, su intenso deseo de vivir, crean el Angel, porque sólo El puede defenderle la vida ante el tribunal del Señor. Y el milagro, narrado con naturalidad y mucho de poético, reúne ambos mundos suspendiendo la duda del lector, que así lo acepta.

Las formas del mal, dentro de las reacciones adolescentes, alejan a esta escritora del mundo fantástico, aunque conserva, especialmente en el cuento que nos interesa, el juego de sorpresa y expectativa, provocando en el lector un íntimo deseo de que se rompa el maleficio y el horror que produce la insensibilidad de la joven, sea sólo un mal sueño.

La protagonista de "La ausente" [8], desde cuyo punto de vista se narra, es una adolescente de Liceo que tiene entre las compañeras una muy rica, bonita y caprichosa, cuya voluntad es ley para familiares y amigos. Un día, Marta, que tal es su nombre, la invita a pasar el domingo en su espléndida quinta, donde el grupo de jóvenes se divierte bañándose en el tanque australiano, bailando, fumando y bebiendo gin y whisky, que han llevado a escondidas. La narradora es la única que no bebe, aunque sí fuma, a pesar de la prohibición de los padres que cuidan mucho de su educación.

De los muchachos invitados, uno, César, se acerca a ella y entre ambos el juego amoroso crece, a influencias de lo prohibido. A Marta no se le escapa la relación y por despecho humilla a la compañera, en diversas formas, hasta que logra apartar a César convirtiéndolo en su novio. La aparente frialdad, con que la protagonista acepta la derrota, enfurece a Marta, quien vuelve a invitarla a la quinta, ideando nuevas humillaciones. Beben todos bastante y mientras los demás se dispersan para dormir la siesta, las dos quedan solas. Marta propone ir hacia el tanque porque tiene algo que decirle; en el camino busca una botella de gin que tenía escondida y sigue bebiendo. Se acercan al tanque y trabajosamente, mientras ríen, se sientan en el borde. Marta está algo borracha. De pronto, acerca su cara a la de la amiga y burlonamente le dice: "—¿De veras te creíste, chinita sucia, que César te prefería a vos?" (93). Sin reacción violenta, la narradora cuenta con naturalidad: "...entonces la empujé" (93) y se aleja fría, indiferente, yendo a acostarse junto a otra de las chicas en el monte de eucaliptus, donde una hora más tarde van a buscarla cuando se descubre el "accidente".

El mundo subconsciente, oscuro y revuelto, donde acumuló humillaciones y rencores, determinó la venganza que, en su escala de valores era justa y por eso no merece castigo.

Mediante la estructura del relato, alterando la linealidad de la secuencia narrativa

BOLETÍN AEPE Nº 18. Esther A. AZZARIO. NIÑOS Y ADOLESCENTES EN EL MUNDO MÁGICO DE LUISA ME...
Centro Virtual Cervantes

y del tiempo cronológico, la autora nos muestra esa falta de remordimiento. Al comenzar el cuento, ya ha pasado un mes del "accidente" y la jovencita oye con serenidad y cierto aburrimiento, cómo la Hermana profesora pasa lista en la clase del Liceo y se detiene, un momento, ante el nombre de Marta, cuyo banco está vacío porque ella ya es, para siempre, la Ausente.

Pareciera que la realidad, para Silvina Ocampo, es fuente de desesperación, y el aislamiento, la angustia, la frustración y la muerte constituyen la parte central de la existencia. Esta personal interpretación del lado depresivo del mundo nos la da recurriendo a la fantasía y tomando, a menudo, como personajes a niños o adolescentes que, en apariencia física pertenecen a la raza humana, pero actúan como seres diferentes. Poseen habilidades que contradicen la lógica del mundo del adulto, saben de magia negra, de poderes ocultos para predecir el futuro, de cómo materializar los sueños, exhiben una inocencia asesina, una simpliciad que es crueldad y viven en permanente inclinación hacia el mal.

El brevísimo cuento "Exodo"[9] muestra el poder de los niños para prever claramente la muerte y la destrucción. Los adultos, aislados en su propio ambiente, son incapaces de percibir el caos en que viven y no comprenden por qué, primeros los animales y luego los niños, "tan apegados a sus padres y a sus casas" (17), huyen de la ciudad. La voz narradora expresa: "Yo atribuía todo a mi estado febril, pero secretamente exclamaba: "A esta gente el alma se le pasea por el cuerpo" (17). Cuando la envían en busca de los niños acepta con gusto la misión, pero presiente que se despide de su ciudad. Una hora más tarde, la ciudad entera arde bajo las llamas y nadie se salva.

El malévolo control del futuro, por una niña tiene extensa y detallada narración en "El diario de Porfiria Bernal"[10]. Se refiere la relación entre una institutriz inglesa, Antonia Fielding, y su pupila, Porfiria Bernal. Narrada la primera parte del cuento por la institutriz, la relación parece normal hasta que Porfiria entrega su diario a Miss Fielding para obligarla a leerlo. "Me repugnaba la idea de leerlo, me parecía –escribe la institutriz– que ese diario podía herirnos... ¿A qué abismos del alma infantil, a qué infierno cándido de perversión habían de llevarme estas páginas cuya trémula escritura, en tinta verde, trataba de imitar la mía? ¡Qué lejos estaba yo de imaginar la verdad!" (161). A continuación, se intercala el diario cuyos días corresponden a fechas del futuro, donde se predicen los hechos tal como van ocurriendo y de donde surge el odio que la niña de ocho años tiene a su institutriz. Una de las anotaciones expresa: "Podría matar a Miss Fielding sin remordimiento... temo el desenlace como lo temerá Miss Fielding" (170). Y con el diabólico poder encerrado en el diario logra que se cumpla su deseo de que la institutriz se convierta en un gato y se lance a través del ventana, perdiéndose en las calles de Buenos Aires. Metamorfosis que preanuncia varias veces en el diario cuando irónicamente la llama Mish Fielding.

Pero en ese desfile de pesadilla, alguna vez, los poderes se ejercen en sentido positivo. La soledad y falta de comunicación es el tema de "Tales eran sus rostros"[11]. Cuarenta niños que viven en un colegio "se sentían solos como si un armazón de hierro los revistiera, incomunicándolos, endureciéndolos" (8). Un día, un secreto, una forma de comunicación no verbal, como un sueño, nació entre ellos. De allí en adelante todos actuaron como si fueran uno, todos sentían como uno, y se apasionaron dibujando alas. Cuando los reprendieron por dibujar siempre lo mismo, escribieron en el pizarrón: "Sentimos alas,

BOLETÍN AEPE Nº 18. Esther A. AZZARIO. NIÑOS Y ADOLESCENTES EN EL MUNDO MÁGICO DE LUISA ME...
Centro Virtual Cervantes

señorita" (10).

Inesperadamente, una donación les permite veranear junto al mar con sus maestras, que disfrutan viéndoles alegres. Al regresar, lo hacen por avión, "con el corazón rebosando de dicha" (110), y en el momento de felicidad más perfecta se abre la puerta del avión y los niños saltan y se alejan volando como ángeles. Lo que para el mundo es una tragedia, para las maestras no lo es, porque aseguran que lo que pasó ante sus ojos fue un milagro. "Mostrarnos el cielo para precipitarnos en el infierno sería una mala jugada de Dios —declara la señorita Lelia Isnaga—. No creo en la catástrofe" (11). El sueño, que cuarenta niños sordomudos traducían, al dibujar las alas, se había materializado. Habían superado la soledad e incomunicación física, con la indescritible comunión de un sueño que fue más allá de las palabras. Solución inalcanzable en el mundo normal del adulto; sólo posible para los poderes ocultos de esos niños.

Pocos son los cuentos a que nos hemos referido, pero los creemos suficientes para afirmar que entre estas escritoras existen sensibles diferencias de enfoque en cuanto al tema que consideramos. Sin embargo, tienen en común la preocupación por el niño y el adolescente y la concepción poética que las hace recurrir a lo fantástico, no como evasión, sino como forma de profundizar en el mundo de las emociones y del subconsciente para descubrir tanto sus luces como sus sombras.

NOTAS

1 Peter Coveney: *The Image of Childhood* (London, Penguin Books Ltd., 1967), pág. 37.

2 Jorge Boas: *The Cult of Childhood* (London, Wartburg Institute, 1966).

3 Carl G. Jung: "The Relations between The Ego and The Unconscious", en *The Basic Writings of C. C. Jung,* ed. with an Introduction by Violet Staul de Laszlo (New York, The Modern Library, 1959), pág. 130. La traducción del párrafo es de la autora de este ensayo.

4 Enrique Anderson Imbert: *Historia de la literatura hispanoamericana,* II. Epoca Contemporánea (México, Fondo de Cultura Económica, 1954), pág. 233.

5 Luisa Mercedes Levinson: "Minuet", en *La pálida rosa de Soho* (Buenos Aires, Losada, 1967). Las citas se harán por esta edición indicándose la página entre paréntesis y a continuación del texto.

6 "El niño que vio las lágrimas de Dios", en *Las tejedoras sin hombre* (Buenos Aires, Losada, 1967). Las citas se harán por esta edición indicándose la página entre paréntesis y a continuación del texto.

7 María Esther Vázquez: "El Visitante", en *Para un jardín cerrado* (Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1970). Las citas se harán por esta edición indicándose la página entre paréntesis y a continuación del texto.

8 "La ausente", en *Los nombres de la muerte* (Buenos Aires, Emecé, 1964). Las citas se harán por esta edición indicándose la página entre paréntesis y a continuación del texto.

9 Silvina Ocampo: "Exodo", en *Las invitadas* (Buenos Aires, Losada, 1961). Las citas se harán por esta edición, indicándose la página entre paréntesis y a continuación del texto.

10 "El diario de Porfiria Bernal", en *op. cit.*

11 "Tales eran sus rostros", en *op. cit.*

BOLETÍN AEPE Nº 18. Esther A. AZZARIO. NIÑOS Y ADOLESCENTES EN EL MUNDO MÁGICO DE LUISA ME...
Centro Virtual Cervantes

Centro Virtual Cervantes